

DISCURSO DE MONS. DR. JOSE MARIA CIRARDA, ARZOBISPO DE PAMPLONA

Excelentísimo señor Vicerrector
Ilustres Profesores
Señoras y señores:

La Facultad de Teología de nuestra Universidad de Navarra abre hoy su VI Simposio Internacional de Teología, que se celebra, como todos los años, en el marco gozoso de estos días pascuales, coincidentes este Año Santo de la Rédención con una riente primavera.

Como Obispo de Pamplona, ciudad sede principal de esta Universidad de la Iglesia, de que es parte la citada Facultad, me es muy grato dar la bienvenida a cuantos venís de distintas tierras de España y de toda Europa. Os deseo a todos una estancia feliz en estas hospitalarias tierras navarras.

Y hago votos para que los trabajos del Simposio sean fecundos, al abordar desde la fe cristiana el tema elegido —Dios y el hombre—, que tiene eterno interés, y es de singular actualidad en nuestro mundo crecientemente secularizado. La situación cultural presente se empeña en un antropocentrismo radical, que destierra a Dios de su horizonte, o se contenta con atisbarlo desde la lejanía con un orteguiano «Dios a la vista», renunciando a acercarse a El. Vuestra decisión de abordar el problema de Dios y el hombre conjuntamente merece sincero elogio, y vuestro trabajo puede ser muy provechoso, si acertáis a iluminar desde el misterio de Dios, tal como la fe nos lo revela, la situación del hombre en el mundo y en el actual momento histórico.

Osadía grande sería la mía si pretendiera ofrecer alguna idea original a vuestro estudio. Pero permitid al antiguo profesor de Teología que fui durante casi veinte años, y al Padre Conciliar del Vaticano II, unas humildes sugerencias para destacar la línea fecunda de la mejor teología de las últimas décadas, en sintonía con el peculiar modo de presentar la divina revelación, que caracteriza al último Concilio.

Cursé mis estudios teológicos en los últimos años de los treinta y en los primeros de los cuarenta. Nunca agradeceré bastante a Dios los buenos profesores que tuve, sólidos en sus enseñanzas, fieles siempre al magisterio de la Iglesia, atentos a la actualidad teológica de aquel entonces. Fui luego profesor hasta las vísperas del Concilio. Y me tocó ser testigo, y hasta actor en la pequeñez de mi hacer teológico, de un acusado cambio. La Sagrada Teología fué, es y será siempre, la ciencia de Dios, que estudia el misterio divino tal como la revelación lo presenta, y analiza la realidad del hombre y sus relaciones con la Trinidad Augusta, y, más concretamente, con Jesucristo, Dios de Dios y Hombre verdadero. Pero durante bastante tiempo, a lo largo de lo que considero un prolongado bache en la historia de tan sublime ciencia, la Teología quedaba satisfecha con afirmar unas tesis, desentrañar las mutuas relaciones entre unas y otras verdades teológicas y deducir algunas conclusiones prácticas para la vida temporal y eterna de los hombres. Pero todo lo hacía como en un cuadro rico de líneas estáticas, sin proyección comprometida a la dinámica siempre cambiante de la historia humana y a las condiciones concretas de los hombres, muy diferenciadas según las circunstancias específicas de unas y de otras personas, salva la inmutable realidad de la naturaleza humana.

No siempre fue así. Los grandes maestros de la Patristica y de la Teología iluminaron desde la revelación los grandes problemas que el progreso de las ciencias humanas y el desarrollo histórico van planteando a lo largo del tiempo. Y trataron de iluminarlos desde la fe. San Agustín, Santo Tomás de Aquino, el maestro Francisco de Vitoria y tantos otros, son cimas de la ciencia teológica, que destacan como maestros en este doble hacer del teólogo: penetrar en lo hondo de la Revelación para escrutar las distintas verdades en que se irisa la infinita Verdad que es Dios, y tratar de descifrar la respuesta divina a los retos mudables que el devenir humano, individual y social, plantea a la fe.

Doy gracias a Dios por haber conocido el avance de la Teología actual en esa línea. En la insignificancia de mi pobre hacer teológico, dí también algunos pasos por ese camino, en mis clases y en algunos

escritos de investigación, no sin arrostrar algunas dificultades. Procuré siempre ganar la atención de mis alumnos hacia los temas más profundos de la ciencia teológica. Pero gozaba especialmente al registrar cómo ellos seguían con especial interés mis explicaciones, cuando procuraba aterrizar desde la altura de las verdades reveladas un tanto desencarnadas e intemporales, para iluminar con luces de fe cuestiones antropológicas y sociales, o para atisbar algunos apuntes de teología de la historia.

Fruto de aquellas mis reflexiones fueron algunos ensayos publicados en revistas o congresos, con títulos como «Gracia y naturaleza en el hombre redimido por Cristo», «La Providencia de Dios en la historia», «La humanidad de Cristo desde el punto de vista psicológico», «Optimismo cristiano ante la historia», etc.

Pido perdón por haberme perdido en el laberinto de tantos recuerdos personales. Pero espero merecerlo, porque al repasar el programa de este VI Simposio Internacional de Teología he visto que avanzáis por esa senda, para estudiar el misterio de Dios en su infinitud trinitaria, y la esencial finitud del hombre a la vez que su grandeza como imagen y semejanza que es de Dios; pero sin despegar vuestras reflexiones de las condiciones del hombre de hoy en la presente situación cultural e histórica, en que se cruzan y entrecruzan temores y esperanzas igualmente fundadas, luces menguantes de un crepúsculo de ocaso que podemos convertirlas, si estamos a la altura de nuestra fe y de nuestro tiempo, en crepúsculo matutino con promesa de aurora de un mundo mejor, más humano por más cristiano.

Ese es el modo de hacer Teología que nos enseñó el Vaticano II con su propio ejemplo. Los Padres Conciliares aceleramos la renovación teológica iniciada en los años preconciliares. Tuvimos la mirada fija en Dios y en su Cristo. Tratamos de penetrar en la Palabra revelada para conocer mejor el misterio de la salvación y el ser y el quehacer de la Santa Madre Iglesia. Pero no nos contentamos con eso, Desde la atalaya de la fe, miramos en torno y quisimos, quizás hasta con excesiva audacia, descubrir el plan de Dios sobre el hombre de hoy en su ser individual y social, en su ser terrenal y religioso, en su condicionamiento momentáneo y en sus posibilidades como hacedor de su propia historia.

No estuvieron claras estas metas del Vaticano II hasta que él

mismo reunido ya, descubrió los objetivos a que le proyectaba el Espíritu. Y hubo que reordenar todo el grande y meritorio trabajo realizado por las comisiones preparatorias, que se había realizado, como es natural, en la línea dominante dentro de la ciencia teológica anterior al Sínodo. Sólo en las últimas asambleas de la primera etapa se vió clara la necesidad de dar calado y orientación nítida a las intuiciones proféticas, con que el Papa Juan XXIII había convocado el Concilio. Y fué Pablo VI quien con pulso firme y claridad de mente, acertó a imantar todos los afanes conciliares en tres líneas perfectamente coordinadas: la renovación interior de la Iglesia; sus relaciones con otras confesiones religiosas, cristianas o no; y el diálogo con el mundo en la más amplia acepción de esta palabra.

El viraje no se hizo sin dolor y sin tensiones. Dios y el hombre terminaron siendo los temas básicos del Vaticano II. Como van a serlo de vuestro Simposio. Pero el nuevo planteamiento de los temas conciliares levantó críticas hasta los últimos días del Sínodo. Tanto es así, que Pablo VI creyó deber dedicar el discurso de clausura a proclamar y defender el primordial valor religioso de la gran asamblea, entendiendo por tal «la relación directa con Dios vivo, relación que es la razón de ser de la Iglesia y de cuanto ella cree, espera y ama, de cuanto ella es y hace» (Disc. del 7-XII-1965 n. 2).

Pero el Vaticano II habla de todo lo que puede interesar al hombre de hoy, no sólo de temas estrictamente religiosos y de fe. A lo largo de muchos de sus documentos aparecen temas y problemas de índole temporal y terreno, pero que por ser humanos entrañan cuestiones morales, en las que el hombre ha de realizar sus relaciones con Dios. La Constitución Pastoral «*Gaudium et Spes*», muy especialmente, constituye un documento singular en la historia de los Concilios, que habla de la persona humana y de sus derechos, de la condición social del hombre, de su cultura, de su vida económico-social, de los principios que deben regir la política y las relaciones internacionales, etc., etc. Por eso, al decir de Pablo VI, algunos abrigaron «la sospecha de que un tolerante y excesivo relativismo al mundo exterior, a la historia que pasa y a la moda actual, a las necesidades contingentes, al mundo ajeno, haya estado dominando a personas y actos del Sínodo Ecuménico, a costa de la fidelidad debida a la tradición y con daño de la orientación religiosa del mismo Concilio». Y el Papa reaccionaba con fuerza. «No creemos que se puede imputar ese equívoco ni a sus verdaderas y profundas intenciones, ni a sus auténticas manifestaciones... La Iglesia del Concilio se ha ocupado mucho, además de sí misma y de la relación que la une con Dios, del hombre tal cual se presenta hoy en realidad: del hombre que no sólo se hace el centro de

todo su interés, sino que se atreve a llamarse principio y razón de toda realidad. Todo el hombre fenoménico —afirma Pablo VI—, es decir: cubierto con las vestiduras de sus innumerables apariencias, se ha levantado ante la asamblea de los Padres Conciliares, también ellos hombres... La religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad; y nadie podrá tacharlo de irreligiosidad y de infidelidad al Evangelio por esta principal orientación, si recordamos que el mismo Cristo es Quien nos enseña que el amor a los hermanos es el distintivo de sus discípulos (Cf. Ju. 13, 35); y cuando dejamos que resuenen en nuestras almas las palabras apostólicas: «La religión pura y sin mancha a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y precaverse de la corrupción de este mundo» (Luc. 1, 27); y todavía más: «El que no ama a su hermano a quien ve ¿cómo podrá amar a Dios a Quien no ve?» (I Ju. 4, 20)» (Ibidem n. 6-8).

Aquí está precisamente la profunda razón que obliga a la Sagrada Teología a no contentarse con estudiar la Palabra de Dios como un lejano «in se stans», o como si fueran las ideas platónicas, que se mantenían en sí mismas «ἑαυτὰ Καθ' ἑαυτὰ». La Revelación divina es un mensaje del Padre Dios a sus hijos los hombres, con vigencia para todos los tiempos y para cualesquiera circunstancias y condiciones. Todo creyente tiene derecho, por ello, a interpelar a la fe, presentándole los problemas que la vida le plantea en los distintos planos de la existencia, individual o social, plenamente terrenal o estrictamente religiosa. Es Dios, sin duda, el centro de las preocupaciones de la Teología. Lo proclama su propio nombre. Pero tiene que mirar a Dios y escuchar su Palabra, como salvador que es del hombre tal cual es: «el hombre trágico en sus propios dramas, según lo describe vivamente Pablo VI: el hombre superhombre de ayer y de hoy y, por lo mismo, frágil y falso, egoísta y feroz; luego, el hombre descontento de sí, que ríe y llora; el hombre versátil, siempre dispuesto a declamar cualquier papel y el hombre rígido, que cultiva solamente la realidad científica; el hombre tal cual es, que piensa, que ama, que trabaja, que está siempre a la expectativa de algo; el «filius accrescens» (Gen. 49,22); el hombre sagrado por la inocencia de su infancia, por el misterio de su pobreza, por la piedad de su dolor; el hombre individualista y el hombre social; el hombre «laudatur temporis acti» (que alaba los tiempos pasados) y el hombre que sueña en el porvenir; el hombre pecador y el hombre santo...» (Ibidem n. 8).

Con el hombre, así como es, quiso hablar el Vaticano II, para iluminar su vida desde la Palabra de Dios. Y sucedió, afirma el Papa en una feliz «hypotiposis vissio», que «El humanismo laico y profano ha

aparecido finalmente en toda su terrible estatura, y, en un cierto sentido, ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión —porque tal es— del hombre que se hace Dios. ¿Qué ha sucedido? ¿Un choque, una lucha, una condenación? Podía haberse dado, pero no se produjo. La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo. El descubrimiento de las necesidades humanas —y son tanto mayores cuanto más grande se hace el hijo de la tierra—, ha absorbido la atención de nuestro Sínodo» (Ibidem n. 8).

En esta misma dirección teológica avanza Juan Pablo II, que fué en el Concilio uno de sus Padres más activos e influyentes, y ahora mantiene fielmente la línea por él trazada. Tengo que terminar, porque me estoy alargando, pero debo recordar cómo el Papa que preside hoy felizmente la Caridad universal nos dió ya desde su primera Carta Encíclica —la «Redemptor hominis»— esta misma clave de todo su servicio a la Iglesia y al hombre. El misterio de la redención por Cristo ocupa toda su primera parte, en la que expone la dimensión divina y humana del misterio salvífico, que está en la base misma de la misión de la Iglesia y del cristianismo. Dios ocupa, en ese apartado el centro del pensamiento de Juan Pablo II: Dios en sí mismo y en su amor al hombre. El hombre, a su vez, ocupará el centro de la segunda parte de la Encíclica: el hombre redimido y su situación en el mundo contemporáneo. Con decir vigoroso, afirma el Papa: «La Iglesia no puede abandonar al hombre, cuya «suerte» es decir, la elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación o la perdición están tan estrecha e indisolublemente unidas a Cristo. Y se trata precisamente de cada hombre de este planeta, en esta tierra que el Creador entregó al primer hombre...; el hombre, en su realidad singular, (porque es persona) tiene una historia propia de su vida y sobre todo una historia propia de su alma... Este hombre es el camino de la Iglesia, camino que conduce en cierto modo al origen de todos los caminos por los que debe caminar la Iglesia, porque el hombre —todo hombre, sin excepción alguna— ha sido redimido por Cristo...» (R.h. n. 14).

A la Virgen María invocaba Pablo VI, al cerrar el Concilio, para que todas sus meditaciones sobre Dios y el hombre fueran fecundas. De la Señora espera igualmente Juan Pablo II al final de la «Redemptor hominis» el fruto de la fidelidad de la Iglesia a Dios y a su Cristo para un mejor servicio del hombre. Al abrirse este VI Simposio, que va a tratar de «Dios y el hombre», a la misma Santísima Virgen,

Madre de Jesús, Dios y Hombre, y madre de todos los hombres, le pido que, a fuer de Sede de la Sabiduría, os alcance la gracia de un trabajo fecundo.

